

# Londres 1888

## Testamento de Bram Stoker

*Londres, 3 de abril de 1912.*

En estos momentos en los que la sífilis pudre mi carne y mis huesos, mi cerebro; en que mis recuerdos se derriten en el olvido, mi vida se apaga y él viene a visitarme con la intención de llevarme consigo; en estos momentos, me siento obligado a revelar la verdad y dejar por escrito el relato de los hechos históricos que se esconden tras la mayor mentira jamás contada: «Drácula». La verdad nunca necesitó de exageración. En cuanto a los hechos, se remontan a 1888, Londres.

## Del diario del coronel Baldassare Van Hilsen

*Italia, 21 de julio de 1888. Saluzzo.*

La campana de la Catedral exhala su último aliento del día. Dos jóvenes atraviesan correteando la Piazza Guiseppe Garibaldi a esta hora desierta. Se pierden a toda prisa en el lóbrego callejón Vicolo della Beccaccia cogidos de la mano. Oigo sus risas argentinas, rebotan en las paredes levantando ecos de felicidad para apagarse en la distancia. Voy tras ellos, no puedo perderlos de vista. El joven se detiene súbitamente, mira en derredor, una leve distorsión en el tejido del espacio-tiempo ha disparado su sistema de alarma, pero su pareja, impaciente, reclama su atención: «¡Paolo!». El joven, dominado por el deseo, desoye la voz de su instinto y vuelve el rostro hacia su amada, se

inclina con una venia ante ella y con voz meliflua le pregunta: «¿Me concedería este baile *signorina* Josephine?». La joven asiente con una graciosa genuflexión y, entrelazados, entablan un vals en mitad de la calle, apenas iluminada por una farola de gas y el tenue reflejo de la luna. Josephine, henchida de júbilo, se desprende del abrazo de Paolo y arranca una tímida carrera. Se detiene. Mira hacia atrás y desafía a su galán a que la siga. Este, embozado en su capa, corre tras ella emulando al cruel asesino turinés; ella se lleva una mano a los labios y esboza una expresión de sobresalto. El joven la alcanza, la toma por la cintura. Josephine arquea su cuerpo. Su melena se derrama en una cascada de rizos dorados que ondean agitados por el dulce viento de juventud. Paolo acerca sus labios al delicado y trémulo cuello de la muchacha. Aspira el perfume narcótico de su piel. Josephine deja escapar un gemido ronco de deseo. Los ojos vidriosos del joven relampaguean de incontenible deseo. Me deslizo con sigilo sobre el pavimento de piedra, me sitúo a su espalda, la adrenalina hierve en mis venas. Él se detiene, su sentido de presencia ha mudado en algo más que una vaga sensación de amenaza; pero ya es demasiado tarde, me basta una fracción de segundo para atravesarle el corazón con mi daga. Josephine, sin comprender, contempla la escena paralizada. Ignora lo cerca que ha estado de la muerte. Requiere de unos segundos para salir de su estupor, y grita pidiendo auxilio. Pero antes de que el grito se ahogue en su garganta, presencia horrorizada cómo el joven apuesto, hace unos segundos gentil y lleno de vida, que la cortejaba, se deshace entre sus brazos convertido en polvo de cenizas.

Son vampiros. Están aquí desde la noche de los tiempos. Caminan entre nosotros ungidos de una pátina de seducción, mortífera pero irresistible. Mi nombre es Baldassare Van Hilsen y me dedico a exterminarlos.

BVH.

## **Carta de Lord Dunraven a Henry Irving**

*Londres, 23 de julio de 1888.*

Mi querido Henry, espero que esa estúpida gira por provincias en la que te has embarcado no termine por poner punto final a tus días de comicastro itinerante, y, por favor, no me vengas con lo de tus finanzas, gozan de bastante mejor salud que tú.

Te echamos de menos; las reuniones en la Savage son otra cosa sin tu «desapasionado» histrionismo. ¡Ah, pero ayer! Ayer contamos con la presencia de ese erudito orientalista húngaro del que todo el mundo habla, el profesor Arminius Vámbéry. El príncipe Albert Edward ansiaba conocerlo en persona. Saludos de su parte, no vaya a olvidarme. Tampoco nuestro heredero escapa al interés mórbido que despierta la corriente paracientífica entre sus súbditos. Un fenómeno que cautiva a poderosos y oprimidos con idénticas promesas: una vida más allá de la muerte. Ni que decir tiene que una vida mejor.

El profesor se hizo acompañar por Lady Constance Wilde; una inesperada y maravillosa sorpresa; no siempre puede uno contar con una belleza de ingenio tan afilado. Francamente, no acierto a comprender qué ve ella en el gordiflón de su marido. ¿Serán ciertos los rumores? Dicen que la pobre ha caído en el desvarío y, en las largas temporadas en que su esposo desaparece inmerso en los abismos voluptuosos y degenerados del sexo, ella busca refugio espiritual en el convento de San Juan Bautista, lejos de sus hijos. En todo caso, sorprende que se haya unido a ese cenáculo esotérico de reciente cuño, llamado Hermetic Order of Golden Dawn, en el que el profesor Arminius milita. Son tiempos extraños para la virtud.

¡Oh, Henry! Créeme si te digo que te perdiste una velada antológica. Ese Arminius Vámbéry pasa por ser la reencarnación del mismo Allan Kardec; sus conocimientos en materia de ocultismo son simplemente asombrosos; en su exposición, afirmó haber colaborado con las hermanas Fox y los Davenport; conoce de primera mano la escritura directa del doctor Enrique Slade; ha estudiado las sesiones de materialización del doctor Monck y de médiums como Carlos H. Foster, Madame d'Esperance, Eglinton o el reverendo W. Staiton Moses. Es un auténtico vademécum de la ciencia ocultista. Pero lo verdaderamente asombroso fue el ejercicio de psicofonía que improvisó para todos nosotros. ¡Se ofreció a dar voz al espíritu de Daniel Home, «el Levitador»! Mi corazón se inflamó al oír de nuevo ese nombre; no he de recordarte que la herida por su pérdida es demasiado reciente y el vacío que ha dejado en mi alma sigue atormentándome todavía. ¿Sabes que el profesor se ha declarado un ferviente admirador suyo? Esa extraordinaria coincidencia es sin duda un guiño de los hados. Pero déjame seguir. El profesor Arminius entró en trance poseído por el espíritu de Daniel y, al poco, habló con aquella voz profunda y sensual suya. El profesor comenzó a levitar. Palidecimos. Flotó sobre nuestras cabezas durante un largo minuto, seguido por los ojos incrédulos de todos los asistentes. Fue una exhibición de poder absolutamente portentosa. En privado, Arminius confesó no ser más que un «mero aprendiz de brujo» frente a las facultades de su mentor, un noble austríaco de nombre Székely. El príncipe Albert Edward le ha expresado sus «reales» deseos de conocer a ese eminente caballero.

Henry, Su Alteza quiere que tú y yo, en calidad de miembros fundadores de la logia, recibamos al barón Székely como merece. Mañana comunicaré al resto de hermanos los deseos de nuestro príncipe. El destino nos ha brindado una oportunidad única: al capitán que ha de dirigir la nave con la que surcar las oscuras y procelosas aguas de esta poderosa y, hasta ahora, inescrutable ciencia.

Te mantendré puntualmente informado.

Tuyo afectísimo,

Windham.

### **Del diario del coronel Baldassare Van Hilsen**

*Roma, 23 de julio de 1888.*

Salgo de Roma. Son las 7:25 horas y la mañana promete: 28 grados y en ascenso. Anoche tuve audiencia con el Santo Padre León XIII. Fue un encuentro íntimo y largamente esperado. Cenamos en la sala Paulina, una exclusividad acorde con la importancia del encuentro. Unos infantes desnudos declamaban el poema «Hojas de Hierba» de Walt Whitman, con la música de fondo de Niccolò Paganini, «el violinista del diablo». ¿No es un sarcasmo?

Su Santidad quiso agasajarme con un bufete por todo lo alto: huevos fertilizados de pato, trémulas crías de pulpo bañadas en aceite de sésamo y embriones humanos, fruto de un aborto reciente. Todo exquisito. Brindamos, León XIII con un *Grand Cru* de la borgoña, y yo, con una copa de sangre púber merovingia de valor obsceno. Los miembros de la curia prometen al vulgo el cielo eterno a cambio de soportar un infierno en vida, en tanto ellos, con su abnegado sacrificio, nos redimen del pecado sometiéndose a la tentación del Diablo, las veces que haga falta.

Hablamos de mi última misión en Saluzzo arrullados por «Los 24 caprichos» de Paganini y la dulce voz de los infantes, de regordetas y sonrosadas mejillas; un pícnic delicioso, aunque tenía la certeza de que Su Santidad me había hecho llamar por otro

motivo. Le dejé que se tomara su tiempo; el Pescador es un hombre que disfruta de cada segundo de vida consciente de que la suya se acaba y de que sus deudas con el Altísimo serán de difícil dispensa.

En el turno de los postres hizo entrar a su camarlengo, quien le entregó un sobre lacrado. El Santo Padre lo sostuvo en su mano con actitud indecisa. Inspiró profundamente antes de ofrecérmelo. ¿Dudaba? «Toma —dijo—, tu próxima misión». Abrí el sobre intrigado, y leí la nota con creciente nerviosismo. «¿Él?», exclamé, al tiempo que me incorporaba presa del arrebató de mi esencia animal. La silla golpeó violentamente en el suelo asustando a los críos. «Discúlpeme Santo Padre —me excusé—, no pretendía...». «Vincenzo —me interrumpió—. Por favor, sabes que puedes tutearme cuando estamos a solas». Vincenzo Gioacchino Raffaele Luigi Pecci. De tanto en tanto necesita oír su nombre secular para convencerse de que una vez fue un sencillo hombre temeroso de Dios.

Miré a los ojos transparentes del pontífice, trasmitían confianza a la par de júbilo. Asintió: «Sí, es él. —Se incorporó y me tomó de los hombros. Sonrió con dulzura—. Ha sido difícil seguir su rastro a lo largo de los siglos, pero esta vez lo tenemos Baldassare, por fin lo tenemos».

«¿Cómo podré identificarle Padre?», le pregunté. Titubeó. «Sabemos el dónde, pero no el quién. Nadie conoce su verdadero nombre, se ha servido de muchos a lo largo de los siglos: Razvan, Velkan, Vladimir... Deberás fiarte de tu instinto». Mi instinto. Hasta la fecha nunca me había fallado. Luego dibujó una cruz en mi frente con el pulgar y me despidió con su bendición: «Mirad que os envió como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias, y no os detengáis a saludar a nadie por el camino» (Lucas 10, 3-4).

## **Telegrama de Arminius Vámbéry al barón Székely**

*Londres, 23 de julio de 1888.*

Mi señor, maestro.

Llegó la hora anhelada. Todo está dispuesto para su recibimiento. El príncipe Albert Edward ha tenido la gentileza de ofrecerle la mansión Trinity House, a fin de que pueda gozar de absoluta intimidad durante su estancia en Londres. Es una espléndida residencia situada a orillas del Támesis, que he tenido la oportunidad de visitar tras finalizar mi encuentro en la Savage Club Lodge. Déjeme que le diga que esta es una de las logias más influyentes del país. Figuran entre sus adeptos, aristócratas, políticos, intelectuales y reconocidos artistas de la escena británica. Su Majestad, el príncipe de Gales, Albert Edward, es miembro honorífico, y está emocionado con su visita.

Se sorprendería del entusiasmo con el que he sido acogido. He podido constatar la fascinación que el ocultismo suscita entre las capas altas de la sociedad británica. Ciencias como la frenología, el mesmerismo, el espiritismo o las teorías del miasma, causan furor. Inglaterra es un hervidero de círculos esotéricos y sociedades secretas que anhelan ardientemente la llegada de un «mesías». A propósito, la elección de Daniel Dunglas Home para el ejercicio de levitación que me sugirió, resultó ser un gran acierto.

Maestro, le he servido desde hace tiempo y desde lejos. Ahora que está próximo nuestro encuentro, espero con ansia poder serle de guía en este fértil país donde las oportunidades florecen y los frutos están prestos a recoger.

Su fiel servidor,

Herman Arminius Vámbéry.

### **Del diario del coronel Baldassare Van Hilsen**

*Graz, 24 de julio de 1888.*

Salí ayer de Roma con la misión más trascendente de mi larga y atormentada vida. Hasta la fecha, la exterminación de vampiros se reducía a una pura cuestión profiláctica, nada que ver con el significado de este nuevo desafío: dar caza al ser execrable responsable de destruir todo lo que amé un día en este mundo.

Hice parada en Bozen, Trentino, a las 13:10, unos minutos antes de lo previsto. El calor y la humedad eran insoportables, y a mí me embargaba una inexplicable sensación de abatimiento, como si después de años de esfuerzo luchando contra corrientes marinas, fuera en última instancia a ahogarme en la orilla. Esperé en la cafetería de la estación la llegada del siguiente trasbordo con destino a Innsbruck. Tenía lugar a las 14:40. El tren fue puntual y cubrí el trayecto en dos horas. En Innsbruck hube de esperar al convoy de las 0:56 de la madrugada que debía conducirme hasta Estiria; los informes del Vaticano habían situado a mi objetivo en los confines del reino de Austria, en la frontera con Hungría.

Ahora son las 4:30 de la madrugada. Un desprendimiento de tierra más allá de la pequeña localidad austríaca de Ullach, en las estribaciones heladas de los Alpes, nos obliga a detenernos. Maldigo. Crece en mí la impaciencia sabiéndome tan cerca de mi objetivo. El interventor nos ordena permanecer en los camarotes al abrigo de la lluvia y los fantasmas de la noche. Los bosques son peligrosos y están poblados por criaturas



temibles. Sombras fantasmagóricas se traslucen tras los cristales empañados de las ventanas del tren.

No puedo conciliar el sueño, no es algo nuevo, el recuerdo y las pesadillas de los abominables crímenes del pasado me torturan noche tras noche, y este paraje inhóspito despierta sensaciones e instintos que creí dominados. Insomne, veo despuntar el alba. El interventor recorre los camarotes mientras hace recuento. No ha habido bajas que lamentar esta vez. Nos preparamos para reanudar la marcha.

*Graz, 15:05 horas.* El tren se detiene quejumbroso en el andén. Pregunto a una joven pareja si conoce algún alojamiento digno de confianza en la villa. Me recomiendan el Schlossberghotel, lo que antes fuera un viejo y discreto taller de artesanía. Parecen conocerlo bien y no está lejos de la estación.

Camino distraído. Graz es una preciosa villa de edificios barrocos situada a orillas del río Mura al sureste de Austria, capital del estado federado de Estiria. El hotel está situado en el casco histórico, a los pies de una colina. Es un edificio bastante anticuado que en absoluto me desagrada.

Me recibe una mujer ya entrada en años, de rostro alegre, vestida a la usanza campesina: camisa blanca con un doble delantal de colores vistosos y un corpiño tan ajustado al cuerpo que no hay por qué imaginar. «Los ojos se regocijan al contemplar la savia fresca, extranjero», canturrea de felicidad. Inclino la cabeza cortésmente. «Busco alojamiento —digo, como si hiciera falta una aclaración—. Me han recomendado este sitio». «Son los destinos los que nos eligen a nosotros», sonrío enigmática. Le da instrucciones a un anciano en camisa de mangas abullonadas situado a su espalda. El viejo viene diligente a por mi equipaje. Dudo de que sus fuerzas le den para alzar mi maleta: el

sujeto es una milagrosa composición de hueso y pellejo. Le digo que no es necesario. El hombre me observa contrariado e, indeciso, mira a su ama. Mi expresión es amable pero firme. «*Vergiss es und mach dich an die Arbeit!* —le ordena esta. Mi alemán goza de la suficiente fluidez para entender que lo olvide y continúe con lo suyo. El anciano obedece y retoma sus quehaceres—. Ivanka, para lo que desee», se presenta. La mujer inclina la cabeza y me mira con un torpe aleteo de pestañas. No tengo ánimos para hacer lecturas de ningún tipo. «Baldassare —respondo—. Gracias por su hospitalidad».

Ocupo la habitación que me corresponde en la planta alta. Dispone de una ventana que da al río Mura. La tarde es calurosa y húmeda. El cielo se ha cubierto de nubes que anuncian algún versículo del apocalipsis. Me recuesto en el jergón con la utópica intención de dormir, pero tan pronto cierro los ojos, mi cabeza se llena de escenas macabras, horribles imágenes de mi pasado, y otras que ahora no sé a qué vienen, que quizás simplemente habrán de llegar. Nada parece estar en su sitio, tampoco el astro solar: la oscuridad que se filtra por la ventana hace del día una noche impostada, y el reloj apenas marca las 17:00 horas. Afortunadamente, cuento con suficiente opio.

*Han pasado varias horas.* Despierto agitado y sudoroso. El sueño no suele concederme más de un par de horas de tregua, a condición de llenarlo de pesadillas. Me incorporo de la cama y me aseo. Salgo a la calle preparado para enfrentarme a los elementos. Para mi solaz, la temperatura ha descendido varios grados. Graz es una localidad de gran belleza arquitectónica, y sus calles pavimentadas añaden un aire de pulcritud y progreso a la impresión general de prosperidad. La atmósfera, impregnada del aroma a tilo y muguet que desprenden los racimos cuajados de flores de los parques, invita a disfrutar del paseo. Las farolas de gas iluminan las calles con un color ambarino cálido, y estas se atiborran de jóvenes estudiantes con ansias de enfrentarse a los

postulados que dicta la ortodoxia científica, religiosa, política y económica, ignorantes de que al mundo le cuesta horrores moverse del sitio. Y no digamos, si quien lo propone es un bachiller irreverente, presuntuoso y sin experiencia.

El cartel iluminado de una librería de viejo en un pasaje poco transitado me trae el recuerdo de mis años de estudiante. No puedo resistirme a entrar y echar un vistazo. El interior huele a tinta, a celulosa, a cuero viejo y a moho. Olores entrañables en mi memoria. Llama mi atención una joven deslumbrante; ojea con abrumador esmero un ejemplar gastado de filosofía taoísta. ¿Qué demonios le ha pasado a esta juventud?, ¿dónde ha ido a parar Lisístrata de Aristófanes, o los obscenos poemas satíricos de Sótades?, ¿el erotismo griego?

El perfume que desprende llega hasta mí como un intenso oleaje; es un aroma singular, familiar y a la vez exótico. Recorro las estanterías en busca de alguna *rara avis* de la literatura, mientras sigo de reajo el progreso de la joven. Para mi decepción, esta desaparece en algún punto entre una edición en cuero de siete volúmenes de los «Ensayos» de Michel de Montaigne y un ejemplar de «De rerum natura» de Lucrecio, que adquiero como regalo para el Santo Padre.

Regreso al hotel. Ivanka, la casera, me espera con la cena dispuesta sobre la mesa. Se interesa por la opinión que me merece la ciudad. Recibe mi elogio, encantada. Ceno sin apetito —tengo los nervios a flor de piel—, pero abiertamente distraído en el escote de la señora. Se sabe observada, pues va y viene a la mesa con la excusa de cualquier olvido. Lamentablemente, no estoy para rituales de apareamiento, este es un viaje de trabajo. Antes de retirarme a mi alcoba, le comunico mi intención de salir al día siguiente de madrugada, y la probabilidad de que no regrese hasta el anochecer. Una bruma empaña

sus ojos, acompañada de un hondo suspiro, que resume su decepción ante lo que prometía ser una noche más larga y ajetreada.

En mi habitación escribo al Santo Padre. Luego tomo la biblia y abro una página al azar. Quiero creer que el destino me habla a través de sus páginas, como con las cartas del tarot o los posos de café.

Ezequiel, capítulo 7. Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú, hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor a la tierra de Israel: El fin, el fin viene sobre los cuatro extremos de la tierra. Ahora será el fin sobre ti, y enviaré sobre ti mi furor, y te juzgaré según tus caminos; y pondré sobre ti todas tus abominaciones. Y mi ojo no te perdonará, ni tendré misericordia; antes pondré sobre ti tus caminos, y en medio de ti estarán tus abominaciones; y sabréis que yo soy Jehová....

Interrumpo el pasaje con desazón, los perros de la villa de Graz parecen haber pactado reunirse bajo mi ventana y aullar en concierto. Me asomo. Observo a Ivanka salir a la calle, enarbola una tea encendida y arremete contra los canes, al tiempo que grita incomprensibles conjuros hasta que logra disolver la jauría. Regreso a mi lecho, el versículo de Ezequiel tan aplaudido por el congreso cánido me ha sumido en el desasosiego. De nuevo me veo en la necesidad de recurrir a otra dosis de láudano. Ahora sí. Consigo enterrar mis demonios bajo un tupido sudario de olvido.

*Graz, 25 de julio de 1888. El castillo.*

Faltan todavía unos minutos para las 6:00. Es hora de levantarse. Pongo un pie en el suelo con desgana. La luz crepuscular me evoca siempre sentimientos de tristeza. El aire que entra por la ventana es fresco y huele a limpio; cambiará en cuanto al sol le dé tiempo de caldear las aguas del río Mura. Bajo las escaleras con sigilo para no importunar

a nadie. Pero la casera parece haber pasado la noche de guardia, pues la oigo salir de la cocina tan pronto me oye. Apenas cruzamos unas frases: «¿Le esperamos para cenar?». «No, no sé a qué hora llegaré». «¿Puedo saber dónde va?». «A Riegersburg». No creo que deba ocultárselo. Para mi desconcierto, Ivanka se lleva la mano al pecho como si acabara de oír el anuncio de las diez plagas de Egipto. Espero un comentario, pero ella inclina la cabeza y se pierde en la cocina. Lo atribuyo a la superstición, pero son comportamientos que me sacan de mis casillas.

Subo al primer tren con destino a Feldbach. En Feldbach alquilo una calesa para cubrir las seis millas que me separan de Riegersburg. En esta época cálida del año, la baja Austria regala paisajes exuberantes dignos de ser inmortalizados por las «armas» de Monet. Tras una hora de tortuoso traqueteo, el postillón se detiene. Se niega a seguir adelante. Los caballos piafan nerviosos. Observo con cierta inquietud el cielo en el horizonte, se ha cubierto súbitamente de nubarrones, y un viento afilado por los hielos sempiternos alpinos acuchilla la piel. A lo lejos se divisa la villa de Riegersburg; es la imagen de un pueblo fantasma, cruces y fosas semienterradas proliferan a lo largo del camino y, despuntando en medio de la extensa planicie, sobre la colina, se yergue un siniestro castillo como un bastión inexpugnable. Su construcción se remonta al siglo XI. Fue edificado sobre el cráter de un antiguo volcán, a 482 metros sobre el nivel del mar, me asegura el postillón, y sirvió como defensa contra los ejércitos húngaros y otomanos. El camino hacia la cima está sembrado de huesos humanos, lo que probablemente explique el reparo de mi cochero por seguir adelante, y también la aprensión mostrada por mi casera.

Le ordeno regresar; coronar el castillo va a requerir de un medio de locomoción más discreto y animoso que una ruidosa calesa de corceles cojitranco al mando de un conductor pusilánime.

*Schlossberghotel, 16:35 horas.* Me recibe el anciano conserje. «Ivanka ha salido al mercado», me dice sorprendido ante mi pronta llegada, y también que, si lo deseo, puede prepararme un refrigerio. «Esperaré hasta la hora de la cena», rehúso cortésmente. Subo a mi habitación. Repaso las cartas de viaje de la región. El trayecto en tren desde Graz a Feldbach me ha tomado aproximadamente tres horas, más una hora en calesa hasta Riegersburg. Mañana buscaré una montura rápida y silenciosa que me lleve al castillo.

Echado en la cama, extraigo de mi cartera el único recuerdo que guardo de mi amadísima esposa: un daguerrotipo arrugado en cuatro pliegues. Está radiante vestida con su traje folclórico de aldeana. «Pronto serás vengada, amor mío», juro para mis adentros. La proximidad de un momento tan largamente esperado casi me da vértigo. Toda mi vida imaginando este instante y ahora que lo tengo a tocar me parece irreal, imposible; estoy a cuatro horas escasas del causante de mi ruina y la de mi familia.

Dejo su imagen sobre la mesita. Me sirvo una dosis de láudano y me abandono al sopor beatífico del opio. En pocos segundos estoy deambulando por un país lejano, vagamente conocido. Las calles hierven de almas perdidas y un mal diabólico con forma humana se cierne sobre sus habitantes, los acecha, ataca, degüella y destripa. Un insistente repiqueteo me arranca de esa horrible pesadilla. No hay forma de que me dejen dormir.

Me incorporo molesto. Retiro las cortinas. Un murciélago espantoso se abate de forma suicida contra el cristal, y otro, y otro más. Cierro aprisa los postigos antes de que esas bestias inmundas se abran paso a la habitación. ¿Súbito cambio de tiempo en las

proximidades del castillo de Riegersburg?, ¿perros que aúllan bajo mi ventana? y ahora ¿murciélagos? ¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Es posible que el *strigoi* haya detectado una presencia hostil en sus dominios? ¿Podría ese ser detentar tan extraordinarios poderes? Debería calmarme.

Salgo a pasear, necesito ocupar la vaciedad de estas horas angustiosas que me separan del encuentro con mi enemigo. A diferencia de ayer, esta tarde el calor es asfixiante, lo cual no parece ser óbice para que los habitantes de Graz inunden las calles: en cada parque, en cada plaza, en cada taberna, la gente se busca de forma casi compulsiva, lucen el último grito en moda, conversan, beben, ríen y dan por sentado que el mundo les pertenece, que las cosas han sido y serán siempre así, se creen lobos y no son más que ovejas.

Una pequeña multitud de estudiantes se arremolina frente a una exposición de pintura. El autor, Jean-Auguste Dominique Ingres, es un pintor romántico francés destacado por sus desnudos femeninos, dice el cartel de la entrada. Se comprende entonces la gran afluencia de público adolescente. Se forman corrillos frente a los cuadros. Las muchachas ríen y cuchichean ruborizadas. Llega de nuevo hasta mí ese peculiar efluvio de ayer, un olor enmascarado bajo esencia de pachulí. Allí está otra vez aquella mujer misteriosa. Se recrea extasiada en un fresco escandalosamente provocativo: «La Gran Odalisca». Me acerco hasta situarme a dos palmos detrás de ella. El olor que desprende es ahora más intenso y desconcertante.

«¿Puedo preguntarle qué ve en ese cuadro que la tiene fascinada?», la abordo sin rodeos. Pasan unos segundos de incómodo silencio. Tal vez no hable mi idioma, o quizás, simplemente no hable con idiotas. «La sensualidad plena —expresa al fin sin mirarme—. El equilibrio supremo entre la belleza ideal y la belleza carnal. ¿Y usted, qué ve?»,

pregunta interesada. Le hubiera faltado añadir: «si es que ve algo». «Sinceramente, yo solo veo una mujer desnuda», admito. Arquea las cejas como quién ha de librar con la sensibilidad de un primate. «Fíjese en esa espalda infinita —señala—, la curvatura de su pecho, su piel charolada, pulida y perfecta. La sensualidad de las telas, los cojines, el humo del incienso y el tabaco, y las plumas de pavo real, recrean una atmósfera que evoca los placeres del tacto. ¿No es capaz de sentirlo?». «Francamente —carraspeo—, después de oírla no sé cómo sería posible no hacerlo». Sonríe divertida, mientras me mira con raro interés. «¿Nos conocemos?». «¡Oh, no! Le pido disculpas. No me he presentado debidamente: mi nombre es Baldassare Van Hilsen. Soy extranjero». Entorna los ojos en una curiosa combinación, mitad desconfianza y mitad coqueteo. «Espero que disfrute de su estancia en nuestra ciudad, Baldassare Van Hilsen», añade con retintín, e inclina su cabeza a modo de retirada. En la acción, un mechón rebelde de color rubio albino se libera de su sombrero *cloché* de fieltro. Presencio la escena, turbado. Ella se recoge el cabello, me mira ruborizada como si la hubiera sorprendido saliendo de la bañera, y emprende el camino hacia la salida sin darme tiempo siquiera a que le pregunte su nombre. Esa mirada me ha dejado naufragando en el océano de sus ojos verdes. Cuando salgo de mi estupor y corro a la calle tras ella, la joven misteriosa ha desaparecido engullida por las sombras. Es la segunda vez que se me escapa. Entonces, con un fogonazo de luz, descubro a qué me recuerda ese olor.

De regreso al Schlossberghotel pregunto a Ivanka qué puede decirme de esa mujer exuberante y enigmática de atractivo novelesco que parece hacerse la encontradiza conmigo. En la mirada de mi casera percibo cierta frialdad. «Podría usted añadir que camina sobre sus pies y seguiría sin decirme nada», replica molesta. No acierto a comprender a qué se debe su malhumor. Le refiero la indumentaria provocativa y un tanto anacrónica de la joven, su cabello platino, su pálida piel y, por último, su peculiar



perfume. Los platos tintinean en sus manos. La conoce. «Ivanka, ¿está usted molesta conmigo?», señalo ante su tosco silencio. «Su chica vive en el castillo maldito de Riegersburg», ofrece por respuesta. «¿Puede añadir algo más?», le ruego. Hay que arrancarle las palabras. «Vive con su tío *der Herr* —concede—. Tiene prohibido salir sola de allí por temor a que los vecinos la prendan fuego en una hoguera, pero cada vez que su tío se despista, ella se escapa, y cuando lo hace, siempre ocurre una desgracia. —Me mira con desconfianza—. ¿No es allí donde ha ido usted a pasar el día?». Me temo que comienzo a intuir los recelos de Ivanka. Me culpa de la presencia en el pueblo de esa mujer y, por consiguiente, de la posibilidad de que acontezca una tragedia en la villa. No estoy seguro de que se equivoque, la sombra del *strigoi* parece sobrevolar en torno a mí desde el momento en que llegué a Graz, y me ronda el aciago presentimiento de que esta misión no se saldrá limpiamente.

Subo a mi habitación. Reviso mis instrumentos de caza por enésima vez. Dejo el macuto preparado para la partida de mañana. Cierro los ojos buscando el reposo, aunque sé que esta noche no hallaré el sueño ni con la ayuda del opio.

*Feldbach, 26 de julio de 1888.*

5:45 de la mañana. Es hora de emprender la marcha. Un frío impropio para la estación traspasa mis huesos. Bajo las escaleras. Si el miedo es la causa del frío, la regenta tiene tanto como yo, quizás más. Llega a mí el reconfortante olor a fuego de leña. Ivanka me espera sentada en la cocina al rescoldo de la chimenea con una infusión de achicoria, el café de los pobres. Sabe a rayos. Sobre la mesa está preparado el hatillo con mi almuerzo. Me observa en silencio, sus ojos tienen una expresión trágica. «¿Se puede saber qué le ocurre Ivanka?». Tenso silencio. «Un vecino de Graz ha aparecido muerto en su cama esta madrugada —responde duramente. En sus ojos centellea una chispa de

censura—. Su esposa afirma que la sobrina de *der Herr* llamó a su puerta tocada la medianoche, el marido abrió y, sin mediar palabra, se fue tras ella robada la voluntad. Cuando regresó, el hombre era un cuerpo sin alma, se tendió en la cama y ya no volvió a levantarse. ¡Se lo dije! Esa mujer trae consigo la muerte. No tuvo usted suficiente con ir al castillo a despertar a los demonios, sino que ahora piensa regresar. ¿No lo comprende? Nadie osa acercarse a ese lugar. —En su cara puedo leer el auténtico pánico—. La gente de los alrededores desaparece a diario. Muchos han tenido que presenciar la muerte de sus familias, atacadas por las horripilantes criaturas que descienden del castillo. —Se santigua con fruición—. Hágame caso *sâbotnik*, *der Herr* es un *strigoi* muy poderoso». La miro con perplejidad. ¿*Sâbotnik*? ¿Cómo sabe ella...? «Anoche... —responde—. Solo un cazador es capaz de percibir el hedor de una *banshee*». Comprendo, la sobrina es una odalisca del *strigoi*. «Entonces —le digo—, sabrá que no puedo dejarlo estar».

Me despido de Ivanka. Aún duda de si acogerme en sus brazos o clavarme una estaca en el pecho.

Son casi las 10:00 de la mañana cuando llego a Feldbach. Busco una casa de postas. Tras arduas negociaciones me hago con una montura, un brioso caballo andaluz «pura sangre» con nombre de aristócrata y militar español: Espartero. He invertido una pequeña fortuna en él, y casi una hora de regateo. El propietario asegura que es el animal más rápido e inteligente que ha pasado por sus caballerizas. No he de esperar demasiado para comprobar su valía, en poco más de cuarenta minutos nos situamos a los pies de la colina sobre la que se yergue el castillo de Riegersburg. Ese corcel vuela como el Pegasus de la mitología griega, y no parece dejarse dominar por el miedo. Un dinero bien empleado, sin duda.

Me dispongo a iniciar la ascensión, ansioso por poner punto final a una historia que ha durado demasiado. El tiempo sufre un cambio repentino, aunque esta vez estoy avisado. Las nubes se agrupan y oscurecen sobre la cima empujadas por un viento ruidoso que las hace girar como un tiovivo en torno al castillo. Me arrebujó en el capote. Cruzo bajo el arco fortificado y emprendo el ascenso a lo largo de un angosto desfiladero. Atravieso la pasarela de tablas que se extiende sobre el temible vacío rocoso, el único y frágil acceso a la ruinosa y lúgubre fortaleza. De sus altos y oscuros ventanales no escapa un solo rayo de luz, y sus quebradas murallas dibujan una línea dentada que destaca como una espantosa mandíbula contra el cielo, apenas menos negro que sus piedras. Sus muros de basalto, profusamente esculpidos, están desgastados por el tiempo y los hielos. Un halo de perdición emana de aquella tierra. El castillo parece erigirse en una antesala al averno, con sus raíces enclavadas en el cráter del volcán. ¿Cuántas gentes no habrán muerto en aquel lugar, cuántos sacrificios, cuántos lamentos? ¿Son lobos lo que se oye?

En el patio humean las cenizas de una gran hoguera; son los restos de un campamento gitano: tiendas, colchones de paja, ropones, taburetes, ollas, trébedes... todo manga por hombro, como si un acontecimiento inesperado los hubiera obligado a precipitar la marcha.

La entrada al castillo está sellada por una gigantesca puerta de madera tachonada de clavos, vieja pero robusta, con dos enormes y oxidadas cabezas de lobo, una en cada hoja, a modo de aldabas. Es una fortaleza impenetrable para cualquier ejército de este mundo. Mas no para mí. A doce metros del suelo sobresale un balcón-mirador. No me habría resultado difícil reptar por la fachada hasta alcanzarlo, pero cuando me encaramo a la piedra se abre una puerta camuflada en el gran portalón de roble. Emerge de ella una anciana. Me observa atónita y, al instante, corre a refugiarse de nuevo en el interior,

aunque no tan aprisa como para evitar que me cuele tras ella. La sujeto férreamente del brazo, desnudo y descarnado. No parece haber un ser vivo dentro de esa vieja ropa de servidumbre; acaso una calavera de cabellos canos y desgredados, con unos ojos que por algún milagro no se le han salido aún de las cuencas. Tiembla de pies a cabeza. «No tengo intención de hacerle daño —digo para tranquilizarla—. ¿Vive alguien en el castillo?». No obtengo respuesta. La mujer se echa las manos a la boca y los oídos. Sordomuda. No deja de agitarse asustada. Eleva los ojos al techo sobresaltada, como si percibiera la presencia de un huésped que nos estuviera observando. Sigo la dirección de su mirada, contemplo la impresionante arcada, pero no vislumbro a nadie. Cuando bajo los ojos, la vieja encorvada ha desaparecido como una voluta de humo.

Accedo a la planta superior por la escalera central. Oigo el batir de las alas membranosas de los murciélagos alertados por el ruido. El hedor de la presencia del mal es insoportable. Mi cerebro activa todos los dispositivos de respuesta al peligro. Se oye el eco de unas llaves hurgando en alguna cerradura. Persigo ese sonido. La oscuridad es densa y se adhiere a la piel como una sustancia pringosa. Echo mano de la linterna y prendo la mecha empapada en aceite. La débil luz de la llama, amplificada por la tulipa de vidrio, añade elementos de inseguridad a mi propósito. Grandes y deformes figuras se mueven de un lugar a otro con el movimiento nervioso de mi mano. Noto que la anciana anda cerca, oculta y siguiendo mis pasos; si me esfuerzo, puedo oír el débil latir de su corazón golpeando contra su pecho y sus pisadas silenciosas moviéndose como un espíritu entre corredores y pasillos.

Las puertas de un gran aposento me cierran el paso. Una fuerza oscura emana de dentro; la energía se condensa en el pasillo formando una tupida y fría atmósfera. Me aproximo. Presiento que tras esas puertas anida el origen del mal. Fuerzo la cerradura y

accedo al interior de la estancia. Una vaharada de olor pútrido me abofetea. Silencio. Dentro reina una oscuridad crepuscular, la única luz en la estancia es la que se filtra por las angostas troneras. Un amplio bureau repleto de volúmenes enciclopédicos del continente europeo ocupa el centro. Uno de ellos, abierto por una de sus páginas muestra el mapa de las Islas Británicas. Junto a la pared se apoya un arcón con la tapa levantada repleto de monedas de oro de diferentes épocas y países: romanas, españolas, griegas, turcas... así como broches, cadenas y collares antiquísimos y descoloridos engarzados en perlas y gemas preciosas. Parte del tesoro que contiene está desparramado en el suelo. El vestidor, revuelto de ropa y desordenado, también parece haber sufrido un expolio. Confirma mi hipótesis de una marcha intempestiva. Temo haber llegado demasiado tarde.

En una esquina de la estancia, oculta tras un tapiz, descubro una puerta entreabierta. Da a un pasadizo de piedra. Este conduce a una escalera de caracol que se pierde en las profundidades. Desciendo con sumo cuidado, las gradas están muy desgastadas y la escasa penumbra muere al llegar al tercer escalón. Al final de la escalera se abre un nuevo pasadizo, semejante a un túnel, a través del cual se respira un olor pudibundo: el olor de la tierra sepulcral recién removida. Avanzo por el pasadizo. Empujo una reja de hierro entornada que da acceso a una vieja y arruinada capilla. El techo está agrietado por el peso y la acción de incontenibles fuerzas telúricas. Nuevas gradas conducen a bóvedas aún más oscuras, profundas y hediondas. Experimento la sutil vibración que me produce la proximidad del peligro. Extraigo el revólver del macuto, aferro la linterna con la otra mano y me dispongo a entrar en la primera bóveda. Está vacía. Me dirijo a la segunda. Solo quedan los restos de un féretro carcomido por la polilla. El piso ha sido levantado recientemente: un pico y una pala tirados en el suelo son prueba de ello. En la tercera estancia hago un interesante descubrimiento. Dos ataúdes

exquisitamente tallados yacen sobre el pulcro pavimento de piedra, en inconcebible estado de conservación. Me dirijo al más grande, y de ornamentación más regia, apoyo el arma y la linterna sobre la peana, y procedo a separar la losa que cubre el sepulcro. Ilumino el interior. Cada fibra de mi cuerpo se tensa ante lo imprevisible. Vacío. Lo examino con mayor detenimiento. Ha sido usado recientemente; conclusión que debo extraer de los restos de sangre, puesto que no percibo la más mínima impronta química del *strigoi*. ¿Acaso estoy perdiendo facultades? Mis temores a propósito de la suerte de su inquilino se confirman: no sé cómo lo ha adivinado, pero se ha anticipado a mi llegada. ¿Se debe acaso al vínculo que nos une? La incógnita me hace dudar de si realmente estoy preparado para enfrentarme a un ejemplar como ese.

Me dirijo al segundo ataúd. Desplazo la losa con escepticismo, doy por sentado que todo el avispero ha abandonado la colmena. Sin embargo, para mi estupefacción, contiene todavía un huésped. Se trata de la joven de Graz. Apenas doy crédito. ¿Cómo es posible que el *strigoi* la haya abandonado a su suerte? Por un instante creo que es una trampa. Pero todo sigue en calma y en silencio. La belleza de la joven resulta dolorosa. Su melena rubia albina, de grandes y ondulados mechones, enmarca su cara de óvalo y sus ojos pálidos color esmeralda. Viste un delicado tul que deja ver las rosadas aureolas de sus senos. Sus dientes níveos refulgen como perlas contra el rubí de sus labios carnosos, aún con restos de sangre fresca. Unos hilillos corren desde la comisura de su boca por su barbilla y su cuello. Me inclino sobre su rostro. Siento el impulso irrefrenable de besar esos labios. Trato de hallar algún signo de vida, aunque en vano; su inmovilidad es cérea: ni pulso, ni respiración, ni latido. Sus ojos permanecen fijos en un punto de la bóveda, abiertos con la vidriosidad de la muerte, y sus mejillas coloreadas parecen conservar el calor de la vida. Me aproximo un poco más. Su perfume, ese olor... Sin el disfraz del pachulí percibo con nitidez el hedor inicuo y a un tiempo irresistible, con el

que el *strigoi* seduce y paraliza a sus víctimas —toda vez que neutraliza a sus enemigos— ; una maligna fragancia destinada a enturbiar el juicio. Alzo con odiosa parsimonia la estaca. Una suerte de hechizo me bloquea, me impide levantar mi mano contra ella. La idea de su pérdida despierta en mí un sentimiento de melancolía insoportable. Luchó contra el encantamiento. Sé cuál es mi trabajo, qué me ha llevado hasta allí. Estoy preparado para descargar el golpe letal, cuando la anciana sordomuda se abalanza sobre mi espalda profiriendo un grito espantoso. Caigo sobre el cuerpo de la joven. Esta se remueve en el féretro. Deja escapar un lamento desde las profundidades de su pesadilla. La vieja lucha, araña y muerde como una loba. La lanzo al otro extremo de la cripta de un manotazo. Saco el arma, apunto y le asesto un disparo entre ceja y ceja, cuando ya se abalanza de nuevo sobre mí. La bala de plata se remueve dentro de sus sesos y en los ojos de la anciana se dibuja una expresión de fastidio.

El disparo saca a la joven durmiente de su letargo. Veo asomar su cabeza por encima del ataúd. Contempla horrorizada el cuerpo sin vida de su sirvienta. Corre hacia ella, la acuna entre sus brazos como una hija acuna a su anciana madre —salvo que podría ser justo al contrario, la anciana hija acunada por la eternamente joven madre—. En un súbito arranque de furia retuerce su cuello y fija sus ojos sanguinolentos en mí. Su mirada desborda odio. Me señala con el dedo y masculla con labios temblorosos: «¡Debí acabar contigo el primer día en que nos vimos, *sâbotnik!*». Acaba la frase y vuela hacia mí de un salto, dispuesta a clavarme sus afilados colmillos en el pescuezo. Vuelvo a apuntar el revólver, impertérrito. Puedo percibir su aliento en mi cara cuando la bala le abre la tapa de los sesos. Cojo la estaca de espino a continuación, me acerco a ella y de un golpe seco le atravieso el corazón. El vampiro emite un grito agónico, al tiempo que abre los ojos con incredulidad. Al instante, su cuerpo inicia un irreversible proceso de desintegración. Qué desperdicio, pienso.

No puedo perder un minuto. El rastro del *strigoi* debe estar todavía fresco. Atravieso el Paso de Straden en el distrito volcánico de Südststeiermark: las estribaciones de los Alpes. Las marcas de rodadura en el suelo helado y rocoso que deja la caravana del *strigoi* son profundas, arrastra una pesada carga. Registro al menos doce diligencias tiradas por recuas de cuatro corceles. En condiciones normales podría darles alcance en un día, pero el temporal de nieve ha comenzado a arreciar y el rastro desaparece.

Tras una hora de fatigosa marcha me veo obligado a detenerme, es imposible avanzar con esta tormenta; una tormenta que parece no obedecer a las leyes de la naturaleza; los vientos furibundos traen consigo un lamento de odio y dolor que estremece. ¿Acaso el *strigoi* tenga parte en ello?, ¿estará ya al corriente de la muerte de su sobrina? Puede que la conexión mental que los une se haya interrumpido tras la muerte de su sobrina. Si así fuera, ese engendro no haría otra cosa que demostrar un poder hasta ahora inigualable y desconocido para mí. No quisiera caer tan pronto en el pesimismo.

Me pongo a cubierto en una vieja casamata abandonada. Los lobos aúllan frenéticos a nuestro alrededor, pero no se acercan, su miedo es mayor que su voraz apetito.